

El mundo ya no es el mismo

La muerte de Mao Tse-tung equivale a una revolución. Y una revolución en un país gigante, en un continente como el asiático, que hierve sin cesar; en una situación de equilibrio inestable con la URSS y con los Estados Unidos, con influencia en todos los países del Tercer Mundo y con grupos políticos afines en todo el planeta, es algo muy trascendental. Puede alterar todo el orden que conocemos. No de una manera inmediata, pero sí a lo largo de los próximos años.

Pero, ¿era todavía absolutamente decisivo Mao en China como para que su muerte produzca esta conmoción? ¿Gobernaba efectivamente en sus últimos años, enfermo y agotado? Los españoles tenemos algunas respuestas fáciles a esta pregunta. Sin pretender apurar de ninguna manera un paralelismo histórico que no existiera, sí sabemos lo que ha pasado en los últimos años de la vida de Franco y todos los mecanismos que ha desbloqueado su muerte, aunque estuvieran ya en vías de alteración en los últimos años de su vida. El gobierno personal es algo comprendido en su propia expresión: es dependiente de una persona. Cuando lo ha ejercido muchos años, con mucha fuerza y con el resultado de un cambio radical en el medio sobre el que ha ejercido su poder, podrá no tener suficiente energía personal en los últimos años de su vida —cuando se acaba por muerte biológica—, pero el mito permanece hasta el último instante y queda irradiando algún tiempo más. Entre la muerte de Stalin —1953— y la destalinización —1956— median tres años, los tres años de irradiación del mito, no enteramente disipado todavía. Pero ya la URSS no era la misma al día siguiente de la muerte de Stalin.

La diferencia es mayor en el sentido de que el poder de Stalin no fue nunca desafiado durante los últimos años de su vida: tenía el régimen bien en la mano. Era, también, más joven: Stalin murió a los setenta y tres años, Mao a los ochenta y tres. Mao venía sufrien-

do asaltos de poder desde la Revolución Cultural —que fue una forma magistral de dar la vuelta a una amenaza— hasta el intento de golpe de Estado de Lin Biao, a quien había nombrado su sucesor. El Comité Central está dividido. Y hay, sobre todo, una enorme división

los Zares y de los Emperadores. Y se conoce la enorme psicosis de guerra que se ha mantenido en Pekín durante los últimos años: el mantenimiento continuo de la tensión de que la URSS podía atacar en cualquier momento. Toda gran dictadura tiene que utilizar siempre

Eduardo Haro Tecglen

entre los mandos políticos y militares dentro de cada estamento del poder: el comportamiento con respecto a la URSS. Se conocen las fórmulas del "enfrentamiento ideológico" a escala mundial y sus aspectos puramente nacionalistas, por cuestiones fronterizas o de territorios que datan de la época de

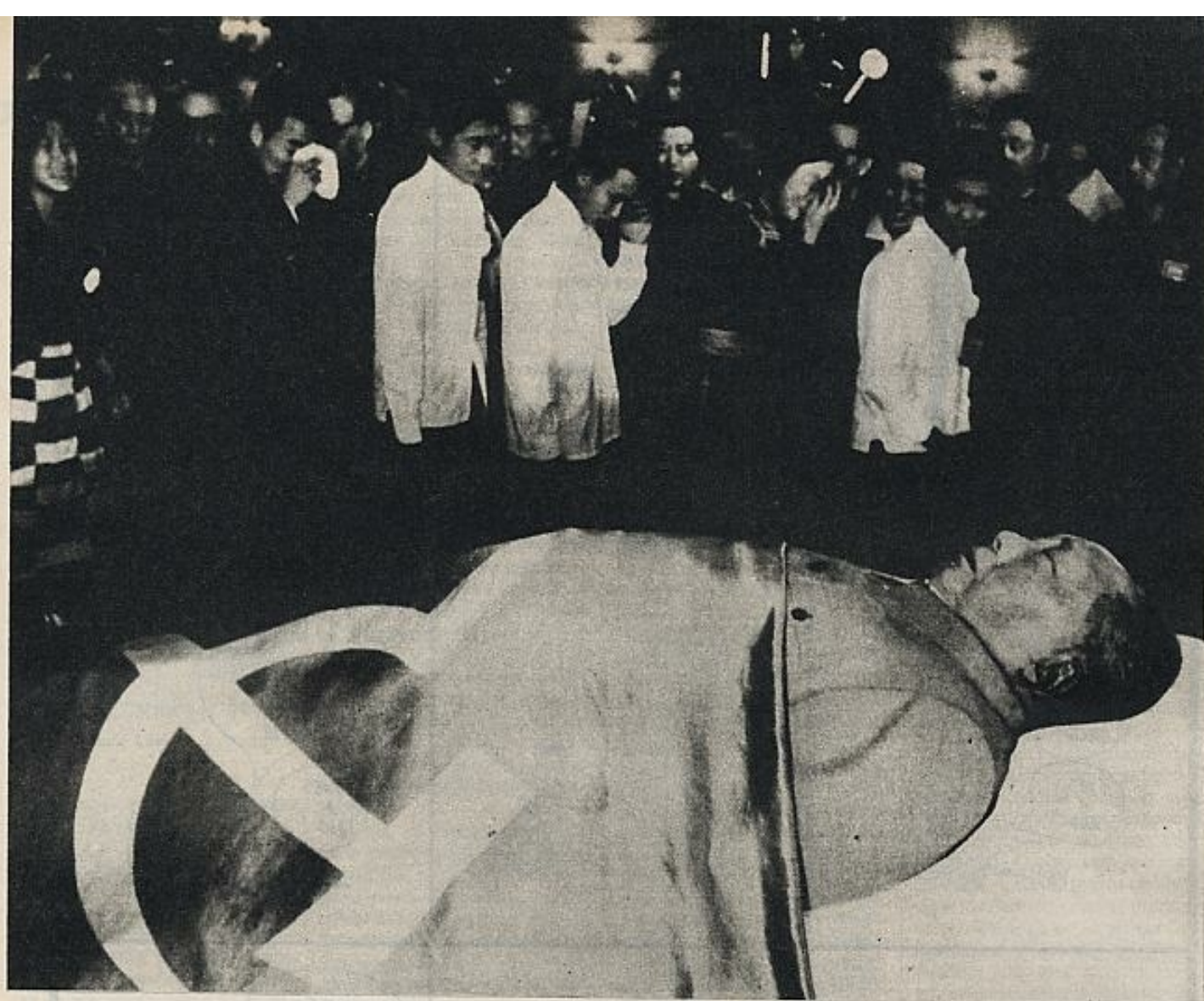
una tensión de gran riesgo exterior para sostener la rudeza de vida a que hace responder a sus ciudadanos, y Mao, ayudado por Chu En-lai, creó esa tensión. Es posible que la sintiera verdaderamente, que estuviera pendiente de esa amenaza todas las horas del día. El resultado era que se olvidaba, o se

hacía olvidar, el origen de esa diferencia con la URSS y se enmascaraban de negociación, que todos aquellos que en el seno del partido, del Ejército o de la diplomacia pretendiesen un arreglo con la URSS fuesen considerados automáticamente como traidores. No se ha sabido nunca exactamente cuáles fueron las relaciones de Lin Biao con la URSS, pero el hecho de que su avión fuese derribado cuando trataba de escapar hacia la URSS hace pensar que su tendencia era a la reconciliación, por muchas máscaras de pensamiento de Confucio que se le pongan. Muerto Chu En-lai a principios de año, muerto ahora Mao, la tendencia se va a manifestar más abiertamente, y es posible que llegue a prevalecer. La idea de que la URSS y China lleguen algún día a estar hermanadas, como parecieron estarlo en otros tiempos, pone simplemente los pelos de punta a todo el Pentágono, el Departamento de Estado y la Casa Blanca, y, en general, a todos los americanos. Sería una de las consecuencias más gigantescas de la muerte de Mao.

Importa menos ahora quién o quiénes le vayan a suceder inmediatamente, —lo cual se realizará mediante los mecanismos previstos— que todo el desarrollo posterior de esa sucesión. Era un mecanismo que podía describirse utilizando la frase de Franco: atado y bien atado. Últimamente, se había producido el ascenso de Hua Kuo-feng, ahora primer ministro, a quien se considera un "duro": es decir, un fiel seguidor de Mao. Se había impuesto después de los últimos incidentes —que llegaron a trascender a la calle— contra los "derechistas" —que bien podrían ser los partidarios de una reducción de tensiones con la URSS— y había desplazado directamente a uno de ellos, al anterior primer ministro Teng Hsiao-ping, elevado a raíz de la muerte de Chu En-lai, con una de esas caídas brutales propias del tipo de régimen chino: de la glorificación al insulto y la irradiación. Nada de lo cual indica que esté descartado ahora de la sucesión.



Hua Kuo-feng, un "duro" con posibilidades.



Una muerte de consecuencias gigantescas.

Se habla de la esposa de Mao, la señora Chiang Ching, que ha representado un papel político de primera importancia; se habla de Wang Hing-wen, joven puritano del partido, o de Chang Chun-chieo. O de un triunvirato, de una dirección colegiada. En todo caso, la campaña pro-unidad se está desarrollando en estos momentos con todo vigor: que nadie rompa ya la superficie del poder en China. Repitamos: importa menos el nombre inmediato del sucesor o de los sucesores, que el desarrollo de la sucesión en el tiempo por venir.

Va a prevalecer, sin duda, el mito durante mucho tiempo. Pero hay algo más importante que el mito y que la práctica política: el pensamiento de Mao. Es una continuidad. Porque es una realidad. Todo el país está impregnado del pensamiento de Mao, de su conocimiento directo y de su estudio. Y el pensamiento de Mao era el de un gran filósofo político. Probablemente nunca se hubiera desarrollado sin la existencia previa de Marx, pero en la actualidad tenía la misma ca-

tegoría del pensamiento de Marx y del de Lenin. Puede decirse que se trata de un pensamiento modélico, en el sentido de que más que dogmático —normas a seguir—, es una forma de hacer pensar, de enseñar a pensar. Que últimamente puede haberse convertido en dogma o en rigidez es una aventura que sucede con todos los grandes pensadores políticos cuando llegan a gobernar; quizá la muerte de Mao pueda dar a su pensamiento una mayor fluidez, una mayor agilidad. Mao trataba, sobre todo en sus primeros tiempos, de que cada uno fuese capaz de buscar y de hallar por sí mismo las leyes de la vida diaria, que no es otra cosa que la vida política.

Cierto que esa agilidad nueva que le va a dar al pensamiento de Mao la desaparición de su propio inventor puede crear una diversidad de escuelas que no necesariamente van a contribuir a su enriquecimiento, como él pretendió con su campaña —breve— "Que florezcan cien flores", sino que pueden terminar en la desunión.

Todos sabemos cómo el tronco del pensamiento de Marx ha dado origen a partidos, sectas, grupos y grupúsculos que se combaten entre sí, de filósofos y de eruditos que se invectivan. No está a salvo de ello el pensamiento de Mao.

No puede evitarse ahora la idea de que esgrimiendo el "Libro Rojo" y los grandes textos, la lucha abierta entre "izquierdistas" y "derechistas" del régimen se precipite.

Lo cual no podrá hacer ya desaparecer en ningún caso la gran obra realizada por la revolución del pueblo chino, con Mao en una dirección inteligente, reflexiva, madura. El salto hacia delante de China ha sido mucho más espectacular que lo que los occidentales quieren reconocer, y la adhesión del pueblo chino a su dirigente consiste en la redención de una vida siniestra, como era la anterior, a una vida digna. Pero dura, reglamentada, probablemente indeseable para cualquier europeo. No es a medida de europeo como debe medirse la vida actual de China, sino en la comparación entre el chi-

no de antes y el chino actual. La evolución se ha hecho en tan poco tiempo, que hay una mayoría de supervivientes de los antiguos tiempos como para defenderla a toda costa.

Es precisamente la grandeza actual de la China de Mao la que hace más trascendental la revolución que se abre ahora. Una inclinación mayor hacia los Estados Unidos o, por el contrario, una anulación del contencioso con la URSS serían tan importantes como para hablar del peligro de guerra. Es decir, la delicadeza de la situación actual, del difícilísimo equilibrio de esta tripolaridad es tal, que una alteración de esta índole puede sembrar el pánico en la nación desfavorecida. Y se sabe lo que pasa con el pánico entre estos grandes mastodontes.

El cambio no va a ser inmediato, aunque las luchas internas estén en marcha desde antes de la muerte de Mao. Pero va a sobrevenir, sin ninguna duda. El mundo sin Mao Tse-tung, ya no es el mismo.